

Cuba: Marxismo, Nacionalismo y Hegemonía 1925-1958

Caridad Massón Sena*

Resumen

En este artículo se aborda la relación entre idea nacional y lucha antiimperialista que caracterizó a la vida política y social cubana en el siglo XX. Jalonado en sucesivos períodos y trayendo a colación las principales orientaciones que incidieron sobre la causa nacional revolucionaria, en trabajo de la Dra. Massón nos brinda un contrapunto sugerente para reflexionar sobre las actuales circunstancias históricas de la Isla

Palabras Clave: Nación - Nacionalismo revolucionario - Socialismo - Partido Comunista de Cuba

Abstract

This article deals with the relationship between national idea and anti-imperialist struggle that characterized the Cuban political and social life in the twentieth century. Divided in successive periods and bringing the main orientations that influenced on the national revolutionary cause, the work of Dr. Massón gives us a suggestive counterpoint to reflect on the current historical circumstances of the Island.

Keywords: Nation – Revolutionary Nationalism - Socialism - Communist Party of Cuba

* Cubana, doctora en historia, investigadora del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cuba Juan Marinello, caridad_ms@yahoo.es

Introducción

El destacado intelectual argentino Atilio Borón ha afirmado que

sin el marxismo, o de espaldas al marxismo, no podemos adecuadamente interpretar, y mucho menos cambiar, el mundo. El problema es que sólo con el marxismo no basta. Es necesario pero no suficiente. La omnipotencia teórica es mala consejera, y termina en el despeñadero del dogmatismo, el sectarismo y la esterilidad práctica de la teoría como instrumento de transformación social (1999:58).

Yo me atrevería por mi parte a sostener que si adoptamos y practicamos la esencia crítica-dialéctica del marxismo con eso es suficiente, puesto que el verdadero marxismo - el de esta calidad- no se atrevería a obviar los granos racionales de otras doctrinas, ni de otros autores. Como hizo Carlos Marx en su tiempo, estos serían sustrato de su propia teoría.

Como historiadora cubana, el **Marxismo** -con mayúscula- me interesa en tanto metodología que ayude a transformar este universo en que vivimos y, al igual que el doctor Fernández Buey, pienso "que uno de los errores más lamentables que han cometido los partidos comunistas ha sido renunciar a la reconstrucción crítica de su propia historia" (2000).

La historia de la rebeldía en el proceso histórico cubano es la de las relaciones entre las luchas por la independencia nacional y los combates por la justicia social. Coincido pues con mi colega Fernando Martínez Heredia, en que "ese es el contenido interno decisivo en nuestras luchas de clases". En ese proceso ocuparon un lugar importantes diferentes tendencias de izquierda, entre que se encontraban dos de origen marxista: una de sentido internacionalista y guiada por lo que hemos identificado como socialismo científico, y otra de carácter más autóctono basada en una interpretación crítica de las ideas socialistas. A la primera perteneció la militancia del primer partido marxista-leninista de Cuba; a la segunda elementos individuales desvinculados de instituciones partidistas y dirigentes de organizaciones revolucionarias cuyos programas de luchas sintetizan las concepciones marxistas con los proyectos nacionalistas cubanos (Antonio Guiteras, Pablo de la Torre, Raúl Roa.)

"El nacionalismo es una práctica de objetivos políticos y de contenido ideológico que pretende establecer formas de autonomía para los miembros de una colectividad que titula 'nación'", según plantea José Ramón Recalde. (1982: 39)

Sin embargo el *Diccionario Filosófico* de Rosental e Iudin conceptualiza al nacionalismo como un principio de la ideología y la política burguesas, que se traduce en la idea del aislamiento nacional, preconiza la desconfianza hacia otras naciones y la hostilidad, un fruto del desarrollo capitalista que se presenta en dos variables esenciales: el chovinismo y el nacionalismo localista. Añade además que es utilizado para aplastar la conciencia de clase del proletariado a fin de dividirlo y justificar las guerras de rapiña y el colonialismo. Sin embargo concluye señalando que los comunistas pueden apoyar los movimientos nacionalistas en los países oprimidos por el imperialismo siempre que tenga un contenido democrático y el propósito de lograr la independencia política y económica.

En resumen los criterios acerca del término nacionalismo son variados y han sido asumidos desde diferentes ángulos por las fuerzas políticas que pretenden utilizarlos para fines diversos.

Martínez Heredia se ha referido al asunto en el ámbito cubano al señalar que "la crítica 'clasista' irreal al nacionalismo ha sido funesta en el último siglo, pero aún más lo han sido las creencias en un nacionalismo ajeno o enfrentado a la existencia de las clases sociales y sus conflictos, y los usos interesados que se hacen de ese nacionalismo [...]" Y recordaba que en la República neocolonial existió un nacionalismo que admitió y defendió la dominación y otro que fue hostil a la misma y la combatió. (2002: 37)

Tras la controversia marxismo-nacionalismo en Cuba se nos esconde un fenómeno de esencial trascendencia: el fenómeno de la hegemonía. Hegemonía en el sentido gramsciano: habilidad para lograr el consenso de la mayoría de las diversas manifestaciones y tendencias dentro de un proyecto de construcción socio-político. Según el italiano

una transformación hacia el socialismo tiene que empeñarse en la construcción de un nuevo bloque histórico para lograr la reinterpretación contemporánea de una exigencia fundamental: la recuperación del poder del Estado por los sectores populares. Es preciso forjar una hegemonía pluralista, potenciando a los nuevos sujetos de la democratización social, y a las nuevas formas de la política que ellos tendrán que construir. (Acanda, 2002: 261).

Dicho bloque tiene por base la alianza de clases, pero es mucho más que eso. Es la conformación de una voluntad colectiva que pretenda la transformación orgánica tanto de la base económica como de la superestructura, que lleve a cabo un proceso revolucionario que tenga en cuenta la interrelación entre condiciones objetivas-subjetivas y la conformación de un proyecto capaz de convocar a la gran mayoría de las

fuerzas sociales subalternas. En ese proceso se debe lograr penetrar la cultura dominante e impregnarla y subvertirla con las nuevas aspiraciones, puesto que para lograr la hegemonía no solo se necesita tomar por asalto el poder. La revolución requiere de un proceso de enseñanza a las masas populares, "crearles una nueva conciencia crítica". (Acanda, 2002:261)

Sobre los momentos cruciales de encuentros y desencuentros entre el marxismo y el nacionalismo en Cuba -y sus esfuerzos por alcanzar la hegemonía- reflexionaré en este ensayo.

Fundación del Partido Comunista de Cuba (sección de la III Internacional)

En Cuba las primeras ideas socialistas entraron a través de anarquistas y anarcosindicalistas españoles a fines del siglo XIX. El socialismo utópico y el socialismo marxista influenciado por la II Internacional con el ideario de cubanos que habían vivido en el extranjero como Diego Vicente Tejera y Carlos Baliño respectivamente. Sin embargo, ya en segunda década de la centuria XX, la Revolución de Octubre produjo una profunda conmoción en los sectores proletarios e intelectuales de avanzada, y una parte de ellos avanzaron hacia la adopción de la doctrina comunista, proceso que fue intensificado con el nacimiento de la III Internacional.

La Comintern asumió la causa de los pueblos oprimidos por el imperialismo como una de las vertientes importantes de la revolución mundial que propugnaría, pero al mismo tiempo proclamó "la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esa lucha a escala mundial". Vladimir Ilich Lenin, durante su Congreso en 1920, definió que los Partidos Comunistas debían dominar la política como un arte a través de una correcta formulación de su línea estratégico-táctica y recomendó acudir a maniobras tácticas, acuerdos y compromisos con los distintos grupos y clases sociales, siempre que estos contribuyeran a elevar el espíritu revolucionario de los mismos.

En esos momentos prevalecía entre los comunistas europeos el optimismo acerca de una posible extensión del movimiento revolucionario por todo el continente. Sin embargo, en 1923, al producirse el fracaso de la revolución alemana, Rusia se vio ante una disyuntiva: o regresaba a la situación anterior a la Revolución, o trataba de consolidar el poder trabajando por la paz y relacionándose económicamente en Occidente. La decisión privilegió la segunda alternativa.

Cuando la Agrupación Socialista de La Habana decidió segmentarse y una parte de ella fundó, en marzo de 1923, la Agrupación Comunista de la capital podemos afirmar que las 21 condiciones de ingreso a la Internacional Comunista estaban en proceso de caducidad, pues habían sido adoptadas con el objetivo de crear partidos fuertes capaces

de dirigir la revolución mundial que supuestamente se avecinaba. Al cambiar la perspectiva real, también debían transformarse las decisiones tácticas.

En 1925, las agrupaciones comunistas de todo el país constituyeron el Partido Comunista de Cuba y se declararon sección de la IC. En sus propósitos inmediatos proyectaron el impulso las luchas campesinas, juveniles y femeninas; la aceptación de las batallas electorales cuando existieran condiciones; y fundamentalmente una política obrera que permitiera la radicalización del movimiento sindical a partir de una catalogación de sus organizaciones en "amarillas" y "semiamarillas" (reformistas), anarquistas, y "rojas" (comunistas) transplantando -de hecho- ciertos esquemas de otras latitudes. Sin embargo no se aventuró a teorizar con respecto a la estrategia de largo alcance.

Después de su participación, en febrero de 1927, en los Congresos contra el Imperialismo y la Opresión Colonial de Bruselas y de la Internacional Sindical Roja de Moscú, el dirigente comunista cubano Julio Antonio Mella, con un concepto más amplio sobre las potencialidades del Frente Unico Antimperialista, creó la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios en tierras mexicanas, e inició preparativos para una expedición armada a Cuba mientras buscaba apoyo de otras fuerzas de izquierda nacionalista.

Hasta esos momentos, la IC había prestado muy poca atención a los procesos políticos que venían ocurriendo en el subcontinente latinoamericano. El asunto de la correlación entre los problemas social y nacional en los países atrasados y semicoloniales, como se les llamaba entonces, no estaba en su centro de reflexión, y -en particular sobre esta zona del mundo- no se habían realizado estudios específicos.

Ya para 1928, en su VI Congreso, la Comintern previó un incremento de los conflictos interimperialistas y de las contradicciones internas en los países capitalistas; considerando pues que las fuerzas socialdemócratas se habían pasado a las filas de la burguesía, los comunistas solo podían confiar en sus propias energías, se prohibieron los compromisos, alianzas o colaboración con esas tendencias. Se impuso así la táctica "clase contra clase"¹.

En la segunda mitad de 1929, se recibieron en Cuba las tesis del VI Congreso y de la Primera Conferencia de PC de América Latina; y con ellas Rubén Martínez Villena

¹ La táctica de clase contra clase surgió a fines de la década de 1920, luego de que una parte importante de la socialdemocracia en Europa se aliara con gobiernos reaccionarios, traicionando los intereses de las clases trabajadoras, al igual en China hizo el Kuomintang con el frente antijaponés establecido con el PC. De estas experiencias se llegó a la conclusión que esos grupos eran totalmente incompatibles por las políticas comunistas y se pasó a considerarlos como sus principales enemigos

(destacado intelectual orgánico del PCC) elaboró el programa partidista que salió a la luz en enero de 1930, en el cual afirmaba que esa organización pretendía despertar a las masas obreras y campesinas para ir al frente de ellas en la revolución obrera y campesina contra la dictadura de Gerardo Machado y el imperialismo yanqui, lograr el derrocamiento del régimen capitalista y la instauración de la dictadura del proletariado (Soto,1977:8). El documento enunciaba la insurrección armada como método esencial para alcanzar esos objetivos. Esta óptica, en general, no tenía en cuenta la posibilidad de alianza con sectores pequeño-burgueses, intelectuales y profesionales que ampliaran la base social de la lucha contra el régimen. Innegablemente, tales pronunciamientos delatan de la presencia de la táctica "clase contra clase" y los lineamientos de la bolchevización.²

Proceso revolucionario de los años 30

Posteriormente, en noviembre, se realizó un reajuste estratégico-táctico bajo la orientación del Buró del Caribe de la IC, donde se planteaba la realización de una primera fase con la revolución democrático-burguesa de carácter antifeudal y antimperialista, lograda a través de la alianza obrero-campesina y el establecimiento de los soviets, y para pasar después a una segunda etapa socialista. De nuevo se obviaba la posibilidad de contactos con las fuerzas nacionalistas no marxistas, en momentos en que estas tomaban cuerpo en diversas organizaciones de ese corte como el Directorio Estudiantil Universitario.

A mediados de 1931 se produjo también una intentona insurreccional conducida por la oposición burgués-latifundista a la cual se unieron algunas organizaciones pequeñoburguesas, veteranos independentistas, exmilitares y jóvenes revolucionarios, ansiosos de tomar las armas para derrocar la tiranía. Consecuentes con su política, el PC no se inmiscuyó en dichos sucesos.

Tiempo después, en agosto de 1932, dentro del movimiento obrero y del propio PCC surgió una línea política disociante que promovió la creación de un buró de oposición comunista cuyos postulados tenían puntos de contacto con el trotskismo.

A mediados de 1933 una huelga en La Habana inició el movimiento que culminaría con la caída del presidente Gerardo Machado. Ante una inminente derrota, el dictador trató de pactar con los líderes obreros comunistas, prometiéndoles la concesión de sus principales demandas. La dirección el Partido entendió que era el momento de regresar

² La bolchevización fue una consigna de la IC lanzada a partir de su V Congreso en 1924 que pretendía que los PC tomaran la experiencia del Partido Bolchevique como punto de partida para llegar a convertirlos en grandes organizaciones de masas y -aunque se exhortó a aplicar el ejemplo de manera creadora- de hecho se convirtió en muchos países en un método de trabajo dogmático y esquemático.

al trabajo y decidió consultar esta propuesta con los huelguistas, quienes se negaron a hacerlo por entender que la única solución posible era la renuncia del tirano.

El error de proponer la vuelta al trabajo era parte de la propia concepción sectaria izquierdista preponderante en el ideario comunista al considerar como estrategia privilegiada la agraria y antimperialista, materializada en la insurrección armada y la creación de los soviets. Esta proyección veía al movimiento en forma de saltos sin cruzar por etapas intermedias de carácter democrático-burgués; y entendía que eran enemigos del proletariado todos aquellos elementos que no aceptaban sus propuestas, incluidas las fuerzas nacional-revolucionarias y nacional-reformistas. En concreto, a la dirección partidista le faltó madurez teórica, experiencia para casos tan complejos y suficiente poder de análisis creador dadas las circunstancias que exigía el momento.

La indicación de consultar a las masas permitió una rápida rectificación del equívoco y su reintegro a combates decisivos contra la dictadura, que cayó en agosto de 1933.

A este hecho le siguieron días de dura práctica política y profundos debates ideológicos en el seno del Comité Central. Allí se discutió una instrucción del Buró del Caribe relacionada con el establecimiento de los soviets en Cuba, y Villena manifestó su desacuerdo con la misma por considerarla absurda. Sin embargo las intervenciones de los delegados de la IC promovieron una sanción contra varios miembros del CC, incluido Villena, y la orientación de llevar a vías de hecho la instauración de los soviets donde fuera posible. Por tanto, cuatro días después de tomar la presidencia de la República el nacional-reformista Ramón Grau San Martín se organizaba el soviet del central Mabay, y en el transcurso de un mes unas 15 fábricas de azúcar de todo el país cayeron en manos de sus empleados por diferentes períodos de tiempo.

Aunque en los postreros meses de 1933 y primeros días del 34 se pusieron en vigor las propuestas más avanzadas del Secretario de Gobernación Antonio Guiteras, los comunistas no percibieron el proceso de radicalización que acompañaba esas resoluciones y enfrentaron al régimen cual si hubiera sido prooligárquico y proimperialista.

Los ataques de los elementos fascistoides y reaccionarios, las arremetidas del militarismo confabulado con la cancillería norteamericana y la falta de comprensión de una gran parte de la izquierda local de las pretensiones revolucionarias de Guiteras permitieron que el ejército -dirigido por Fulgencio Batista- estableciera una nueva dictadura.

De nuevo en la oposición, Guiteras fundó Joven Cuba, organización que proponía la lucha por una revolución de liberación nacional de carácter agrario-popular como preámbulo a las batallas por el socialismo. Sin embargo, a pesar de varios intentos

unitarios con los comunistas, los problemas conceptuales argüidos por estos impidieron una concertación unitaria contra el régimen.

En obligada revisión del contexto cubano nos percatamos que aunque el estado de la economía era delicado en 1934, la crisis había tocado fondo y se iniciaba la recuperación. Los trabajadores enfrentaban tenazmente a la burguesía antinacional, pero el gobierno era fuerte y tenía respaldo de la embajada norteamericana. Los factores subjetivos tampoco habían madurado. La clase obrera protagonizaba importantes batallas, el PC había ganado muchos adeptos, sin embargo, no contaba con la anuencia de la mayoría. La consigna de los soviets fue uno de los impedimentos a la unidad

la fase de liberación nacional -referiría dirigente comunista Carlos Rafael Rodríguez décadas más tarde- de liquidación del poder económico y político del imperialismo y del aplastamiento de las clases sociales que son sus instrumentos de ejecución política en el país, son objetivos políticos que no están necesariamente unidos al socialismo y que -como programa- son capaces de atraer y movilizar a esas poderosas clases y capas intermedias que no comenzarían a moverse tras un programa netamente socialista (1983:187)

Grau San Martín influía con su pensamiento nacional-reformista notablemente en las masas; y Guiteras, por otro lado, también había captado gran apoyo popular. Ambas personalidades fueron consideradas enemigas irreconciliables por parte del PCC.

A su surgimiento, el marxismo se había manifestado a favor de un movimiento de carácter esencialmente internacionalista, sin despreciar los sentimientos nacionales y la importancia de cada una de las realidades internas de los países. Comprendía que el campo concreto donde se desenvolvían los conflictos eran las naciones y que la clase social que defendiera los intereses colectivos se transformaría en clase nacional.

En los albores del imperialismo tuvieron lugar importantes debates al respecto. Lenin, partidario de la autodeterminación e igualdad de las naciones cual realidad histórica inevitable, declaró que los intereses nacionales debían subordinarse a las luchas proletarias a escala mundial y que la IC podría sellar una alianza temporal con la democracias burguesas de los estado-naciones. Aseguraba además que la revolución social era inconcebible sin las sublevaciones de los países menos desarrollados, ni los estallidos revolucionarios de la pequeña burguesía con todas sus limitaciones; no habría "revolución pura". Sin embargo después de la muerte de Lenin algunas de estas ideas fueron preteridas.

Con la crisis general de 1929 al 33, el sistema capitalista se vio abocado a un serio dilema: o se reformaba internamente, o acudía a la violencia para perpetuarse; y esa segunda opción propició el triunfo de las fuerzas del fascismo en varios países, por lo cual aquel peligro inmediato condujo a un reajuste en las directivas del movimiento comunista internacional.

En la Conferencia de PC de América Latina efectuada en octubre de 1934, se enfatizó que la revolución agraria y antimperialista estaba estrechamente ligada a la liberación nacional, por tanto, se hizo necesaria una rectificación con respecto a las tácticas hacia los partidos nacional-revolucionarios y nacional-reformistas, en aras de consolidar la unidad a través de los Frentes Antimperialistas.

Siguiendo estos consejos, el PCC trató de redefinir sus posibles aliados. El espectro político cubano era bien diverso y complejo; a los comunistas no les resultó fácil orientarse dentro de aquel conjunto de organizaciones y personalidades. El movimiento revolucionario de los 30 había provocado un cambio en la fisonomía política de la sociedad cubana. El surgimiento de un conjunto de organizaciones de diverso signo había dado término al tradicional bipartidismo predominante en el primer cuarto de siglo.³

Indudablemente que cuando el PCC valoró la aplicación del Frente Antimperialista en Cuba, comprendió la influencia de masas alcanzada por el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y Joven Cuba. A propósito de esta situación decidió convocar a dichas organizaciones a la unidad. Sin embargo, Grau esquivó cualquier tipo de acercamiento; y cuando comenzaron a concretarse estos esfuerzos con los jovencubistas, su líder, Guiteras, fue asesinado.

La falta de organización, de armas y la desunión provocaron el terrible desenlace de la huelga general de marzo de 1935. Posteriormente, el régimen se encargó de aplastar violentamente los últimos vestigios del movimiento revolucionario.

³ Dichas organizaciones se distinguían por sus diferencias estratégicas: unas las podemos catalogar como antimperialistas y antioligárquicas, son los casos de Joven Cuba (en vida de Guiteras), el Partido Agrario Nacional, Izquierda Revolucionaria y Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista. Entre las entidades de carácter antinjerencistas podemos citar a los partidos Revolucionario Cubano (Auténtico), Aprista Cubano y Joven Cuba (después de la muerte de Guiteras); mientras que dentro de las conciliadoras con la oligarquía y el imperialismo se encontraban múltiples asociaciones burguesas de corte tradicional, algunas de las cuales -en ciertos momentos- asumieron la oposición al régimen como ABC y Legión Revolucionaria. En segundo término existían diversidades tácticas: unas adoptaban métodos insurreccionales, otras electorales y las terceras abstencionistas.

La lucha por el frente antiimperialista

A mediados de 1935 se efectuó el VII Congreso de la Comintern. Las palabras de Jorge Dimitrov fueron esclarecedoras de la esencia clasista del fascismo, su calidad de enemigo principal y de la urgencia de enfrentamiento cohesionado para lograr su derrota. La inminencia de una guerra generalizada, llevó al cónclave a puntualizar que "los intereses de la defensa de la URSS" determinarían la conducta fundamental de todo el proletariado, por ser el único enclave del socialismo en el mundo. Algunos marxistas italianos han examinado la significación que tuvo la experiencia de los Frentes Populares propuesta entonces, las limitaciones de la estrategia de subordinación política de la IC a la tesis del "Socialismo en un solo país" y la posición ultramonolitista asumida por la Comintern. No siempre coincidieron los intereses de la emancipación del proletariado de otros países con la defensa de todas las posiciones coyunturales de la Unión Soviética, ni las orientaciones generales eran aplicables en todos los contextos.(Magri, 1967:23)

El VII Congreso de la Comintern propició un viraje estratégico-táctico en el movimiento comunista internacional muy trascendente. Las declaraciones de Dimitrov alertaron de la urgencia de una comprensión dialéctica de las situaciones concretas para evitar una caída en el esquematismo, la imitación y el dogmatismo; sin embargo estas no fueron aplicadas con rigor por muchas de las secciones afiliadas, por decisiones internas y por la estricta manera en que la IC controlaba el desenvolvimiento de sus orientaciones.

En Cuba "los comunistas de aquella época, -expresaría Fabio Grobart- en las condiciones difíciles de terror, pudieron hacer, sobre la base de las ideas esenciales de Dimitrov, un análisis crítico de toda su política anterior, descubrir sus debilidades y errores, sacar a flote y esforzarse por liquidar las manifestaciones sectarias de sus vidas"(Grobart, 1985: 70)

En su informe al VI Pleno del CC efectuado en octubre de 1935, Blas Roca (secretario general del PCC) precisó que la etapa de la revolución cubana, era la etapa nacional, de la lucha por la independencia, de la lucha antimperialista, cuyo objetivo estratégico era la derrota del imperialismo en Cuba, en la que el frente nacional se hacía necesario incluso con la burguesía nacional y los terratenientes democráticos cuyos intereses chocaban con los del imperialismo. (1935: 13)

Según esos cálculos, se dejaría de catalogar a la burguesía y los partidos en bloque, tratando de diferenciar las distintas tendencias, inclinaciones y estados de ánimo. La táctica del Frente Antimperialista se ajustaba a nuestra realidad y contribuyó a ampliar el movimiento obrero y democrático general. No todos los comunistas la comprendieron de inmediato. El Frente no se limitaría a los partidos antimperialistas,

sino a todos los elementos susceptibles de marchar, aunque por corto tiempo, contra el colosal enemigo norteño. Ahí se incluirían a diferentes grupos sociales, religiosos, profesionales y clasistas. Concretamente se proponía la creación de dos frentes: uno con organizaciones burguesas como Unión Nacionalista y Conjunto Nacional Democrático de proyecciones limitadas y otro, más fraternal y duradero, con las nacionalistas PRC(A), Joven Cuba y Partido Agrario Nacional. Este acuerdo resultó uno de los más controvertidos de la reunión.

En las postrimerías de 1935, Izquierda Revolucionaria y Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista -dos partidos a los que pertenecían personas de reconocida trayectoria revolucionaria, izquierdista e, incluso, marxista pero que no estaban de acuerdo con las posiciones dogmáticas el PCC- realizaron intentos de coaligarse en un partido antimperialista y exhortaron a los restantes grupos a participar. Los comunistas se negaron argumentando que tenían una misión histórica que cumplir por lo cual no debían diluirse en otros organismos. Auténticos y guiteristas, por su parte, firmaron un pacto insurreccional del cual exceptuaron a los comunistas en México, el 5 de diciembre de 1935. Al hacer un estudio del panorama político cubano y lo que ocurría con las organizaciones opositoras, no nos extraña constatar lo que pensaban un luchador de la izquierda revolucionaria como Pablo de la Torriente Brau al respecto:

"El hecho de que se esté recurriendo a los pactos secretos entre las organizaciones de más arraigo y que esa política sea, como parece, inspirada por los auténticos, nos debe servir de toque de clarín de atención. A mi juicio, ésa es la más cómoda escapada al frente único; es una salida al deseo popular de que se llegue a él

En cuanto al Partido (Comunista de Cuba) pienso (...) que, efectivamente, está en crisis. Acaso, sin embargo, sea una crisis de la que sacará un mayor sentido de la realidad. Por lo pronto, las nuevas líneas trazadas por el séptimo congreso le dan una amplia autonomía, según parece, y, si no caen en el peligro que ya denunció Dimitroff en su informe, del oportunismo de derecha, yo pienso que podrán restaurar sus fuerzas los encargados de dirigirlo. Además, el cambio que le han dado a toda la línea política es tan extraordinaria; han salido de una tutela tan remota y, por lo mismo, tan mitológica y prepotente, para entrar de pronto en la autonomía al parecer más diáfana, que ello es como si a un muchacho le quitaran el biberón y, sin más intermedio, se lo sustituyeran por el condom (sic) (1981: 193-200)

Las circunstancias habían variado, la táctica fundamental consistiría en atraer a la lucha antirreaccionaria y antimperialista las más amplias masas, dirigiendo golpe

principal contra la dictadura militar, por la civilidad, por la democracia, por una política de mejoramiento nacional, procurando ampliar y profundizar al máximo las fricciones y contradicciones entre jefes militares y gobierno de José Miguel Gómez que había asumido en mayo de 1936, quitándole base social a la dictadura militar. La Asamblea Constituyente pasó a ser la meta más relevante para ellos

De acuerdo con la IC se autorizó la creación de un partido electoral que no suplantara al Comunista, el cual estaría dirigido por una fracción suya y su funcionamiento iba encaminado no solo a lograr la participación en las elecciones, sino también a ir educando políticamente a las masas. En corto espacio de tiempo, los comunistas locales asumieron la dirección del pequeño partido Unión Revolucionaria, cuyo credo programático planteaba la defensa de la democracia, la convocatoria a la Constituyente, la libertad de los presos políticos, la reforma del Código electoral, etc. En los aspectos económicos y sociales aspiraba a la liberación de la dependencia de los EE.UU., la nacionalización de las riquezas esenciales, la promulgación de leyes contra el desempleo y el desalojo, entre otros aspectos.

En 1938 Juan Marinello (presidente de UR) declaró, al convencerse que Grau no admitiría unirse al Frente, la disposición de su partido a fusionarse con el PRC(A). En esa ocasión señalaba también que hablar de socialismo o de otra fórmula semejante en momentos en que todo el destino de Cuba se jugaba a una sola carta, democracia o reacción, era muy peligroso. Sobre este aspecto coincidía con Blas Roca, quien afirmaba que su partido lucharía por que Cuba tuviera una constitución que no fuera de tipo fascista y comunista sino democrática, instrumento para la liberación económica de Cuba y para el mejoramiento de las condiciones de vida de las masas.

Por un Frente Nacional

El X Pleno del CC de mediados de 1938 se aceptó la fórmula de partido único mantenida por el PRC(A) (Roca, 1938). Sin embargo, paralelamente, valoró una serie de pasos positivos que venía acometiendo Fulgencio Batista como la reorganización de los sindicatos, el reparto de algunas tierras, la coordinación azucarera, el reordenamiento de la enseñanza, la amnistía de los presos políticos y la autorización a la realización de la Constituyente. En atención a estos cambios, el PC propuso respaldar las medidas progresistas del jefe del ejército con la intención de alejarlo de las fuerzas más reaccionarias y exhortó a todas las fuerzas a fundar un Frente Nacional sin distinciones.

Desde el VII Congreso de la Comintern se había reafirmado la idea de que en la lucha antifascista y antimperialista del momento, el afianzamiento de la democracia y la obtención de mejoras concretas para el pueblo pasaban a constituir "objetivos estratégicos parciales"; y se debía ensanchar el círculo de los aliados.

La miopía política -en unos casos- y el oportunismo -en otros- fueron causantes de algunas muestras exageradas de entusiasmo que a partir de este momento realizaron los comunistas respecto la "obra" de Batista. No es posible negar el hecho de que en las postrimerías de 1938, Batista había permitido muchas medidas de contenido popular. Resulta obvio que estaba moviendo inteligentemente sus cartas, pensando en una futura postulación a la presidencia de la República.

Esta nueva línea de conducta permitió al Partido ampliar su membresía; pero, lo llevó a perder una parte de sus más antiguos y activos combatientes; y produjo un debilitamiento en sus posiciones políticas, así como la exacerbación de sus contradicciones con los grupos nacionalistas.

La separación definitiva de los dos polos de movimiento revolucionario cubano se produjo cuando el PRC(A) que, como hemos explicado, había renunciado a cualquier concertación con las fuerzas de izquierda (especialmente con el PCC) se dispuso a pactar con un conjunto de partidos de la oposición burguesa tradicional.

Al acercarse los comicios para la Constituyente en 1939, el PCC valoró la posibilidad de unión con UR a fin de participar como un solo bloque en los comicios. Dicho proyecto se hizo firme el 13 de agosto y de la fusión surgió el Partido Unión Revolucionaria Comunista. Dentro del ámbito legislativo, las dos tareas más relevantes que tuvieron la participación de los comunistas en estos años fueron la Convención Constituyente y las elecciones generales de 1940. Para la primera logró elegir a 6 diputados.

La Constitución de 1940 fue el fruto de los esfuerzos revolucionarios de los años 30, emanación del equilibrio reacción-revolución alcanzado debido a circunstancias internas y favorecido por el panorama internacional. De carácter nacional-reformista, permitió la recomposición de la hegemonía burguesa en los límites de la modernidad que se iba imponiendo. Comunistas y auténticos -a pesar de sus discrepancias- asumieron el protagonismo en la defensa de sus postulados más progresistas: la igualdad de los cubanos ante la ley, la libertad de emisión del pensamiento, los derechos de reunión y asociación, la educación democrática, el trabajo como derecho inalienable, la garantía de un salario mínimo, los seguros sociales, la jornada de 8 horas, el descanso retribuido, el sufragio universal, igualitario y secreto, etc.

La Constitución reafirmó la propiedad privada como un principio vital y pero reconoció que en las posesiones inmuebles debía prevalecer la función social sobre los intereses individuales; propugnó la prohibición del latifundio, la intervención estatal en la economía, la protección a la pequeña propiedad rural, la defensa de la industria y la diversificación.

La confianza en que los resultados positivos de la Constitución estarían en la puesta en vigor de las leyes complementarias derivadas de la misma, condujo al PURC por los caminos del legalismo, favoreciendo las tendencias reformista y economicista; por ello reafirmaron el criterio de participar -de manera constructiva- en las elecciones generales dentro de la Coalición Socialista Democrática, liderada por Batista.

No habían condiciones objetivas ni subjetivas para la revolución en Cuba, era preciso aprovechar la coyuntura legal, no tenía otros aliados, y Batista estaba dando pasos efectivos a favor de los trabajadores: ¿por qué no respaldarlo e impulsarlo a seguir en ese camino? Con estas perspectivas no estaban contradiciendo la política generalizada del movimiento comunista internacional.

Tendencias reformistas

A producirse el ataque alemán a suelo soviético, el 22 de junio de 1941, el secretariado de la IC consideró que la guerra había cambiado de carácter y los PC debían asumir la defensa de los pueblos agredidos por las huestes hitlerianas.

El PCC orientó la conformación de un Frente Nacional Antifascista donde cada grupo seguiría respondiendo a su ideología, sus criterios de clase, pero cuya proyección exterior debía coincidir en acciones para evitar "la guerra que podía traer la esclavitud para todos o la mejor oportunidad para la nación". Este frente contribuyó a intensificar la ayuda moral y material hacia los combatientes antifascistas; impulsó las relaciones económicas y diplomáticas con la URSS; trabajó por aumentar la producción destinada al auxilio de las víctimas y de los soldados aliados; y pidió un mayor sacrificio a los trabajadores en aras de evitar huelgas que paralizaran la producción.

"Defendiendo a la URSS se defiende a Cuba" resultó una consideración de orden moral, política y solidaria asumida por el PCC en aquellas circunstancias. Para ese entonces dentro de la Comintern se había agudizado la contradicción existente entre la necesidad de la unidad y, al propio tiempo, de autonomía e independencia de acciones de sus partidos. La centralización de las decisiones limitaba la dinámica y concreción de las tareas, era un freno a la operatividad y entonces se decidió su disolución el 15 mayo de 1943. El Partido Unión Revolucionaria Comunista consideró justificada la decisión.

La urgencia con que fue tomada dicha resolución y las condiciones de la guerra impidieron hacer en aquel momento un justo balance de la labor desplegada. Aún hoy se adolece de un estudio objetivo de esos aspectos y, sobre todo, de los términos de incondicionalidad con que las secciones asumieron la defensa del primer país socialista, el acatamiento - de forma acrítica- del modelo soviético como vía para alcanzar el poder y construir la nueva sociedad, así como de los vaivenes de la política exterior de la URSS

en tiempo prebélicos y luego en el transcurso de la contienda mundial. Colaboración y solidaridad no debían excluir crítica sincera y recíproca.

Ciertamente, la IC desapareció y sus secciones continuaron luchando con energía hasta lograr la derrota del fascismo y desarrollar un amplio movimiento obrero y patriótico tanto en las naciones capitalistas como en las coloniales y dependientes. En Cuba, el PURC logró impulsar al gobierno de Batista a la adopción de medidas de contenido popular e, incluso, dos de sus dirigentes llegaron a ocupar, de manera sucesiva, un Ministerio sin cartera en el gabinete. Sin embargo, las erratas tácticas cometidas en aras de la Unidad Nacional influyeron en que continuaran los desencuentros con una parte importante de las fuerzas nacionalistas que pretendían también mejorar la situación el pueblo cubano.

Las inadecuaciones de un principio correcto, la unidad nacional antifascista, se hicieron más profundas finalizando la guerra, luego de las reuniones de Teherán y Moscú y las consiguientes interpretaciones extremistas y liquidacionistas del secretario general del PC de los Estados Unidos Earl Browder. Según sus concepciones, después de la victoria contra el fascismo se abriría para el mundo una nueva era, donde un capitalismo modificado en su conducta agresiva conviviría armoniosamente con el socialismo y ello permitiría el desarrollo de los países más pobres. En tales condiciones los partidos comunistas eran innecesarios y por ello declaró la autodisolución de la organización que dirigía en enero de 1944.

Siguiendo estos preceptos y en su afán de ampliar su membresía y radio de influencia a nivel nacional, el PURC cambió de nombre en esa misma fecha. El Partido Socialista Popular, como se llamó desde entonces, proclamó su aspiración

a desarrollar los principios emancipadores de Martí y Maceo hasta alcanzar la completa Liberación Nacional, que aspira al establecimiento en Cuba del Sistema Socialista basado en la propiedad colectiva de los medios fundamentales de producción, en el reparto de la tierra a los campesinos y la organización de su explotación colectiva, en la supresión de toda explotación del hombre por el hombre, proclama con su supremo deber el de continuar luchando en primera línea por la Unidad Nacional y por el mayor esfuerzo de guerra; por la amistad y colaboración de Cuba con todas las Naciones Unidas, con todos los pueblos amantes de la libertad para asegurar, con la derrota el Eje y la Paz Popular, el futuro mejor para nuestro país." (*Fundamentos*, marzo de 1944: 250) .

En tal sentido se decidió continuar dentro de la coalición de Batista y participar de esa manera en las elecciones generales, cuyos resultados les fueron desfavorables, siendo electo presidente Grau San Martín, que como hemos explicado había mantenido siempre una actitud anticomunista. No obstante esta circunstancia, el PSP alzó de nuevo la consigna unitaria y le planteó al nuevo mandatario su disposición de colaborar con el gobierno en la medida en que este promoviera leyes para mejorar la vida de los trabajadores.

En abril de 1945 el dirigente comunista francés Jacques Duclós denunció públicamente las posiciones del browderismo. Inmediatamente el PSP realizó un crítico análisis de la influencia que habían llegado a alcanzar esas concepciones en su seno. Las propias condiciones de dependencia y explotación que sufría el país por parte de las empresas y el gobierno norteamericanos no permitieron que las ideas browderistas penetraran profundamente en su programa de lucha. Durante esta etapa los comunistas defendieron desde los instrumentos legales establecidos las demandas más importantes de los sectores laborales, campesinos, educacionales, femeninos y obtuvieron victorias relevantes como la conquista del diferencial azucarero que significó un aumento salarial para la gran masa de asalariados de esa industria.

En septiembre de 1947, ante las concesiones que Grau hacía a la política de guerra fría del gobierno norteamericano y a la reacción interna, el PSP le retiró su apoyo y pasó a la oposición. La decepción provocada por el gobierno llevó a la separación de una parte de sus seguidores, quienes fundaron una organización de corte nacionalista dirigida por el revolucionario Eduardo Chibás, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), que se convertiría en un incesante acusador de los gobiernos auténticos. La Juventud Ortodoxa, sustentadora de independencia política con respecto a otras organizaciones, censuró las proyecciones comunistas mantenidas a partir de 1938, aunque afirmaba que el movimiento revolucionario cubano debía orientarse ideológicamente "en un sentido socialista" y que su "propósito político primero" debía enfilarse por "la liberación nacional".(Otoño de 1948).

A mediados de 1948 el PSP dio a conocer su Plan Cubano para la Crisis que partía del supuesto que solo un gobierno de Liberación Nacional lo podría aplicar hasta sus últimas consecuencias. Mientras los legisladores comunistas promovieron proyectos de leyes en este sentido, los gobiernos auténticos y, en especial, el presidente Carlos Prío desató una ofensiva contra el movimiento sindical y los líderes del PSP que llevó a la destrucción de muchas organizaciones, así como a la prisión y asesinato de destacados dirigentes. La política del régimen fue denunciada insistentemente y públicamente por Eduardo Chibás, quien logró aglutinar a la mayoría a favor de su Partido. Luego del suicidio de Chibás en agosto de 1951, se preveía el triunfo de los ortodoxos en las urnas para las elecciones del siguiente año; y aunque estos rechazaron un pacto de unidad con los comunistas, el PSP se decidió a apoyarlos en los comicios por considerar que era la

opción más positiva para el país. Sin embargo, la reacción interna y el imperialismo facilitaron el golpe militar del 10 de marzo de 1952 que llevó de nuevo a la presidencia a Fulgencio Batista.

Lucha antibatistiana y revolución

Inmediatamente después del golpe, el PSP denunció al usurpador y llamó a la masas a continuar la lucha a través de un Frente Democrático Nacional, por el respeto a la legalidad constitucional y la celebración de elecciones libres. Las organizaciones de oposición se negaron a adoptar conductas unitarias; y ante el desprestigio de la política tradicional, el joven abogado Fidel Castro proveniente del nacionalismo ortodoxo, pero con cierto conocimiento e influencia de la doctrina marxista, decidió tratar de vertebrar un movimiento independiente que, en primer lugar, agotara los instrumentos legales. Sin embargo, la política represiva del gobierno lo impulsó a una proyección revolucionaria por los caminos de la vía armada. En ese esfuerzo, organizó los asaltos a los cuarteles Moncada en Santiago de Cuba y Céspedes en Bayamo el 26 julio de 1953. Ambas acciones fracasaron y una parte de los combatientes involucrados fueron asesinados, mientras que otros asaltantes (incluido su líder principal) fueron a parar a la cárcel.

El PSP, totalmente ajeno a los preparativos de aquella acción, la consideró un esfuerzo equivocado, un acto aventurero y desesperado de sectores de la oposición burguesa desvinculado de las masas y negó todo tipo de vínculo con los asaltantes. Durante el juicio a los moncadistas esta fue la postura que adoptaron para defender a varios militantes comunistas que fueron enrolados en aquella causa judicial, aunque reconocieron la valentía y el desprendimiento de aquellos jóvenes.

En los comicios anunciados para noviembre de 1954, el gobierno solo permitió la legalización del Partido Auténtico, que llevó como candidato a Grau San Martín. Ante las medidas represivas Grau decidió renunciar días antes de las votaciones, lo que impidió efectividad al llamado del PSP a efectuar el "voto negativo", o sea, participar votando por Grau (el mal menor) para de esa forma impedir que Batista ganara.

A la salida de prisión de Fidel Castro se organizó el Movimiento 26 de Julio que tomó como bandera los principios su alegado de defensa de en el juicio el Moncada; con anterioridad, el dirigente había orientado una amplia campaña de propaganda de sus objetivos de lucha, a fin de ganar la simpatía y respaldo del pueblo. Luego de su salida al exilio en los Estados Unidos y México comenzó a preparar condiciones para reinicio de los combates. En su Manifiesto No 1, el Movimiento se declaró abierto para todos los cubanos que quisieran "restablecer la democracia e implantar la justicia" y, más tarde, Fidel hizo pública la decisión de ser "libres o mártires" en 1956. Para entonces el Movimiento había firmado la Carta de México con los líderes del Directorio

Revolucionario que también hacían esfuerzos por derrocar la tiranía por métodos diferentes.

El PSP, a fines de ese año, le pidió a Fidel que pospusiera la salida de la expedición que vendría a Cuba, a fin de tener más tiempo para apoyar al desembarco, a lo cual se negó pues con ello incumpliría la promesa realizada al pueblo. Así el 2 de diciembre de 1956, llegaron a Las Coloradas los expedicionarios del Granma y comenzaron, a pesar de la violenta arremetida del ejército, la conformación del movimiento guerrillero en las montañas del oriente cubano.

Desde mediados de año, el Pleno de su Comité Nacional el PSP había acordado un cambio de táctica. Se aprobó la "línea de agosto" que consistía en la intensificación de la lucha de masas hasta llevarlas a un levantamiento popular como el que condujo a la caída de Machado en 1933. Consideraba que la vía electoral estaba bloqueada por la dictadura y "no había más remedio que apelar a la acción extraparlamentaria". Es por eso que estaban en desacuerdo con la pretensión de acciones armadas a plazo fijo como la planteada por Castro. (*Carta Semanal*, 10, X, 1956)

Al producirse el asalto al Palacio Presidencial y Radio Reloj en marzo de 1957 por fuerzas del Directorio, el PSP reiteró su política anterior, aunque ponderó la actitud valiente de los asaltantes.

El XX Congreso del Partido Comunista de la URSS ocurrido en 1956 reafirmó el principio de la coexistencia pacífica entre países capitalistas y socialistas y declaró que los partidos comunistas debían "encontrar las vías más racionales del desarrollo de la revolución, los métodos más eficaces y menos dolorosos para destruir el capitalismo y edificar el socialismo" (Sobolev, 1957). También en tal sentido se proyectó la Conferencia de PC y Obreros de Moscú celebrada en noviembre de 1957. En reuniones efectuadas en China y otros países donde participaron delegados de América Latina no se daba mucha importancia a los acontecimientos que estaban ocurriendo en Cuba, se pensaban que la revolución en este continente empezaría por Brasil o Argentina, naciones con fuertes movimientos proletarios. Es por ello que el PSP, que no comprendía la importancia de la lucha guerrillera, se mostró satisfecho cuando el M-26-7 a fines de 1957 hizo un llamamiento a la integración del Frente Obrero Nacional; y, en el pleno el diciembre, ratificó la táctica de las alternativas declarada desde mayo. Dicha táctica planteaba la realización de una consulta pública con elecciones verdaderamente democráticas impuestas por el pueblo; y si no era posible la vía electoral entonces ir al levantamiento basado en una huelga general que podría llegar, incluso, a una insurrección popular.

Para febrero del 58, los comunistas declararon discrepar con las tácticas del M-26-7, aunque afirmaron que la guerrilla -si bien no resolvería el problema- podía ser un factor revolucionario siempre que abogara por la unidad. A partir de ese momento se

comenzaron a analizar más objetivamente las condiciones de lucha en el país. La determinación de permitir que militantes comunistas se incorporaran a la lucha armada fue dada conocer a los partidos de América Latina a través de sendos viajes clandestinos de Carlos Rafael Rodríguez y Jorge Risquet por la región. Con el desarrollo de la huelga de abril se produjeron fricciones entre la dirigencia el Movimiento en el llano y los dirigentes obreros comunistas que no fueron debidamente informados para participar en el paro. Entonces comenzó a comprenderse la necesidad de dar un apoyo más decisivo a la fuerza guerrillera. En julio, el PSP envió a dos de sus representantes a la Sierra Maestra y otros de la Juventud Socialista al II Frente dirigido por Raúl Castro y orientó la organización de un grupo guerrillero en Las Villas al mando de Félix Torres, que apoyó a los combatientes de la invasión al mando de Camilo Cienfuegos y Ernesto Guevara.

El reconocimiento de la necesidad del respaldo proletario a las fuerzas revolucionarias llevó a la organización de varios congresos obreros en las zonas rebeldes y al respaldo a las actividades del Frente Obrero Nacional Unido que jugó un papel relevante en el éxito de la huelga general convocada por la dirección guerrillera el 1ro de enero de 1959 y que impidió que la revolución fuera truncada por las fuerzas del ejército y del imperialismo.

Conclusiones

Según el estudioso brasileño Darcy Ribeiro, en América Latina los comunistas han desempeñado un papel importante sobre todo por su influencia ideológica, más que por su fuerza política. Han ayudado a

diagnosticar los problemas y formular soluciones que superaron las elaboraciones conservadoras". Pero "Al abandonar la perspectiva leninista de lucha por un poder propio" dejaron de preparar a cuadros verdaderamente revolucionarios, olvidaron el proselitismo socialista y se aliaron a muchos políticos reformistas para fines electorales (1984:57)

Algo similar opinaba el comunista Roque Dalton en 1970:

La gran mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos nacieron como secciones de la Internacional Comunista, lo cual puso grandes obstáculos desde el origen para que se erigieran en partidos nacionales. La gran mayoría de esos partidos surgieron no en el seno de la Internacional Comunista leninista, sino en el seno de la Internacional Comunista de Stalin, es decir, de un organismo excesivamente centralizado, que de hecho -y sin

entrar a discutir si tal medida fue históricamente óptima o no- se convirtió en el instrumento de la consolidación del socialismo en un solo país, con las consecuencias de mal manejo del problema nacional, para decir lo menos, que todos conocemos. No tuvieron así nuestros partidos la posibilidad de una inserción natural y adecuada en el seno de la cultura nacional y es más, de hecho, se convirtieron en un obstáculo para que el marxismo pudiera fundirse críticamente como sistema orgánico de pensamiento con los resultantes ideológicos nacionales. De ahí que, con las excepciones del caso, nuestros partidos comunistas latinoamericanos hayan carecido siempre de una línea clasista y de una línea de masas adecuada, es decir, propia, surgida del análisis concreto de la sociedad real en la que pretendían insertarse y hayan esgrimido los esquemas de otras condiciones históricas y en otros niveles de desarrollo social (1970: 89)

En resumen, esta situación provocó en Cuba un conflicto constante entre las fuerzas marxistas y los sectores nacionalistas, y a su interior entre los diversos enfoques comunistas que se dieron dentro y fuera del Partido, pues como hemos analizado existió -en la línea programática del mismo- incoherencia entre el propósito de alcanzar la liberación nacional, las tácticas de unidad con elementos equivocados, los métodos reformistas desplegados con el objetivo de obtener mejoras económicas políticas y sociales y la postergación de la lucha por alcanzar el poder.

La revolución cubana de la segunda mitad de los 50 fue dirigida por una organización político-militar muy diferente a las organizaciones partidistas que usualmente participaban en los movimientos anticapitalistas del continente. Su programa de lucha - como ha expresado Fidel Castro años después- recogía los reclamos más importantes del pueblo.

A su juicio,

no se podía plantear como meta -en ese momento histórico- el socialismo. Sí se podía plantear teóricamente, existía un partido marxista, pero en aquellas condiciones de guerra fría en este hemisferio, de dominio imperialista en Cuba, tenía pocas posibilidades de ganar la mayoría del pueblo y tenía pocas posibilidades de vencer los enormes obstáculos que en aquellas condiciones existían en nuestro país para una revolución socialista.

(...) el mérito de nuestro movimiento –afirma Fidel- consistió en recoger, de manera concreta, esas aspiraciones de la gran masa, en aquel momento, que no tenía un nivel de conciencia política muy desarrollado, pero que constituía una fuerza revolucionaria en potencia; y haber podido movilizar esas masas en pro de objetivos concretos (...); pero ya en ese momento nosotros éramos y pensábamos como marxistas-leninistas. Lo que nosotros hicimos fue apreciar una situación potencialmente revolucionaria en nuestro país, partiendo de las ideas marxistas-leninistas y elaborar un programa que recogía, digamos, la aspiración en ese momento de las grandes masas del pueblo y llevarlas hacia un camino revolucionario, sobre todo llevarlas hacia la conquista del poder revolucionariamente (Padilla, 1979).

La Revolución Cubana tuvo objetivos democrático-nacionalistas inicialmente e incluyó a todas las fuerzas enemigas de la dictadura. El Movimiento 26 de julio y el Directorio Estudiantil, cuya dirección estuvo en manos de los sectores más radicales de la pequeña burguesía adoptaron la violencia como método esencial de lucha al percatarse que las vías pacíficas estaban clausuradas. Las medidas concretas de la Revolución en el poder produjeron las principales contradicciones en el seno de las alianzas concertadas y las primeras rupturas. La actitud del gobierno norteamericano hacia la Revolución provocó una radicalización cada vez mayor de su carácter antimperalista, de su sentido anticapitalista y finalmente socialista.

El doctor Adolfo Sánchez Vázquez nos recuerda que con la revolución cubana se

afirmaba el marxismo que no separa al socialismo de sus raíces democráticas y nacionales (...), pero a la vez se negaba el que permanecía ciego ante el elemento nacional. La constante apelación de los revolucionarios cubanos a Martí, que por supuesto no era marxista, se explica por su función de lo nacional y lo social. Finalmente, la Revolución acabó por ser en la década del 60 un verdadero escándalo teórico y práctico para el marxismo-leninismo, tal como era concebido y aplicado por los partidos comunistas latinoamericanos con respecto al papel de la clase obrera y del partido

Si la Revolución pudo triunfar en Cuba, fue, en primer lugar, porque existían -de acuerdo con el marxismo clásico- una serie de condiciones objetivas que la hacían posible y, en segundo lugar, porque los factores subjetivos -conciencia, organización y acción permitían realizar lo que objetivamente era posible. Al tomar en

cuenta ambos factores, los revolucionarios cubanos se distanciaban del marxismo existente para el cual la revolución - sin el papel determinante de la clase obrera y sin la dirección del partido marxista-leninista- venía a ser un salto mortal en la aventura. De ahí que al hacerse una "revolución sin socialistas" y sin partido, eran infieles a la letra de cierto marxismo, pero no al espíritu del marxismo originario (1998: 80)

La experiencia de Cuba me ha hecho reflexionar durante muchos años sobre la necesidad de atenernos al espíritu crítico del Marxismo sin asumir sus concepciones en tanto camisas de fuerzas para la vida práctica (y no se confunda esto con pragmatismo). Si bien vivimos esencialmente en un mundo capitalista como el que pensaron los clásicos, los matices de ese mundo han ido variando, de la misma manera que de un país a otro, de una región a otra las circunstancias concretas también cambian. Si los marxistas quieren modificar al mundo deben ganar la hegemonía y para ello se precisa del conocimiento de nuestras realidades, flexibilidad, metodología dialéctica, hacer oído al clamor general para dar participación a todos los interesados y ofrecer una alternativa viable, realista y atractiva.

Artículo recibido en 12/6/07

Artículo aceptado en 23/10/07

BIBLIOGRAFIA

Acanda, Jorge Luis, 2002, *Sociedad civil y hegemonía* (La Habana: CIDCC).

Boron, Atilio, 1999, "El marxismo y la filosofía política", en *Teoría y Filosofía Política. La tradición clásica y las nuevas fronteras* (Buenos Aires: Clacso/Eudeba).

Dalton, Roque, 1970, *¿Revolución en la Revolución? y la crítica de derecha* (La Habana, Cuadernos Casa 9).

Fernández Buey, Francisco, 2000, "Respuesta a once preguntas sobre Marx y marxismos", en <http://www.lainsignia.org/dialogos>

Grobart, Fabio, 1985, *Trabajos Escogidos* (La Habana: Ciencias Sociales)

Lenin, Vladimir I, s/f, "Esbozo inicial de las Tesis sobre los problemas nacional y colonial", *Obras Completas* (Moscú: Progreso).

Magri, Lucio, junio, 1967, " El valor y el límite de la experiencia frentista", en *Pensamiento Crítico* (La Habana) N:5.

Martínez Heredia, Fernando, mayo-junio 2002, "El pueblo de Cuba y el 20 de mayo", en *La Gaceta de Cuba*, (La Habana) N°: 3.

Martínez Heredia, Fernando, "Izquierda y marxismo en Cuba", en *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana-Cuba: Letras Cubanas).

Martínez Villena, Rubén, 1978, *Poesía y prosa*, (La Habana: Letras Cubanas).

Padilla, Luis, 1979, "El marxismo-leninismo y la revolución cubana", en *Revista Internacional* (La Habana) No:1.

El pensamiento ideológico y político de la juventud cubana. Tesis de la Comisión Nacional Organizadora de la Sección Juvenil del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), Otoño de 1948).

Recalde, José Ramón, 1982, *La construcción de las naciones* (Madrid: Siglo Veintiuno Editores).

Ribeiro, Darcy, 1984, *El dilema de América Latina. Estructura de poder y fuerzas insurgentes* (México: Siglo Veintiuno Editores SA).

Roca, Blas, 1938, *El camino del pueblo* (La Habana: Ediciones Sociales).

Roca, Blas, 1980 (1935), "Informe al VI Pleno del CC del PCC", en Pichardo, Hortensia, *Documentos para la Historia de Cuba*, Tomo IV, 2da parte (La Habana: Pueblo y Educación).

Rodríguez, Carlos Rafael (1983), *Letra con filo*, (La Habana: Ciencias Sociales).

Sánchez Vázquez, Adolfo, 1998, "Filosofía, praxis y socialismo" (Buenos Aires, Tesis Once) *Selección sobre marxismo en América Latina*.

Sobolev, A, abril, 1957, "Algunas formas de transición del Capitalismo al Socialismo", en *Estudios y Documentos Teóricos* (Moscú) No:12.

Soler, Rafael, Julio ,1996- abril, 1997, " Las luchas internas en el PC de la URSS después de Lenin. Surgimiento del Trotskismo", en *Santiago* (Santiago de Cuba) No:81-82.

Soto, Lionel, 1977, *La Revolución del 33*, Tomo II, (La Habana: Ciencias Sociales).
Torriente, Pablo de la, 1981, *Cartas Cruzadas* (La Habana: Letras Cubanas)